

The background is a monochromatic red-toned illustration. At the top, there's a faint world map. In the center, the title is written in large, bold, white letters. At the bottom, there's a detailed illustration of two hands shaking, symbolizing a deal or agreement. The hands are rendered with thick black outlines and textured red shading.

MORTEN HEIBERG

**ESPAÑA
Y LA DOCTRINA
DEL MULTILATERALISMO
EFICAZ**

**GLOBALIZACIÓN, DIPLOMACIA Y SEGURIDAD
EN LA ERA ZAPATERO**

Prólogos de
José Luis Rodríguez Zapatero
y **Miguel Ángel Moratinos**

España y la doctrina del multilateralismo eficaz

Globalización, diplomacia y seguridad
en la era Zapatero

MORTEN HEIBERG

Traducción de Verónica Puertollano

© Morten Heiberg c/o Thinking Heads, 2021

© de la traducción: Verónica Puertollano, 2021

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2021

Gestión 2000 es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-9875-506-0

Depósito legal: B. 3.589-2021

Primera edición: abril de 2021

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prólogo de José Luis Rodríguez Zapatero	9
Prólogo de Miguel Ángel Moratinos	13
Introducción	15
Capítulo 1. Una estrella al alza	27
Capítulo 2. Masacres y manipulaciones	39
Capítulo 3. ¿La victoria de Al Qaeda?	51
Capítulo 4. La salida de Irak	60
Capítulo 5. El estilo americano	75
Capítulo 6. Un castillo de naipes europeo	94
Capítulo 7. Bumeranes	111
Capítulo 8. Fidel y Raúl	132
Capítulo 9. El que imita, fracasa	145
Capítulo 10. La diplomacia secreta de Obama	155
Capítulo 11. El <i>caso Carmona</i>	171
Capítulo 12. «¿Por qué no te callas?»	185
Capítulo 13. «Esa estúpida islita»	208
Capítulo 14. «Aunque no esté de acuerdo contigo, te quiero»	217
Capítulo 15. El niño en la playa	233
Capítulo 16. <i>Carpe diem</i>	246
Capítulo 17. La semilla del mal	255
Capítulo 18. El capitalismo ha muerto	268
Capítulo 19. La tormenta perfecta.	282

Conclusiones.....	309
Notas sobre las fuentes.....	323
Bibliografía.....	357
Agradecimientos.....	371

Capítulo 1

Una estrella al alza

El ascenso de Zapatero al poder en 2004 se produjo tras un difícil periodo en el que el PSOE se había visto obligado a volver a la oposición. La derrota en 1996 ante el PP, liderado por José María Aznar, acabó de pronto con casi catorce años de reinado socialista. Sin duda, escribe Roberto Ortiz, el débil rendimiento de la economía, las protestas sociales contra las reformas laborales del PSOE y, sobre todo, el creciente número de escándalos políticos y económicos habían desgastado al Gobierno, y el otrora carismático líder Felipe González ya no era capaz de responder de forma convincente a todas las acusaciones formuladas contra su partido. La derrota socialista en 1996, aunque lo fue por un estrecho margen —el 38,8 por ciento de los votos y 156 escaños en el Parlamento fueron para los conservadores y el 37,6 por ciento de los votos y 141 escaños, para los socialistas—, también marcó el principio del fin del liderazgo de González en el partido. Su dimisión como secretario general se produjo en el 34.º Congreso del partido, el 20 de junio de 1997. Aun así, González siguió siendo una figura muy influyente en él durante los años siguientes.

Muchos en el partido consideraron que el posterior nombramiento de Joaquín Almunia como secretario general era una señal de renovación, a pesar de que gozaba del apoyo de Felipe

González, antiguos ministros, los barones regionales e importantes altos cargos del partido. Sin embargo, detrás de la aparente unidad el partido estaba profundamente dividido en facciones. De hecho, Almunia perdió por un gran margen las elecciones primarias que se celebrarían poco después para elegir al candidato del partido a la presidencia frente a Josep Borrell, quien finalmente renunció al cargo. La negativa de Borrell no se debió sólo a su falta de apoyo entre la dirección del partido; también se había visto afectado por los problemas judiciales de dos de sus antiguos colaboradores. En las elecciones generales de 2000, el PSOE obtuvo aún peores resultados que en 1996. Almunia dimitió de inmediato y, como solución provisional, Manuel Chaves, presidente de Andalucía, accedió a asumir el cargo hasta que un nuevo congreso federal pudiera decidir sobre el futuro liderazgo.

Tras la derrota de Almunia, Zapatero empezó a dar pasos políticos para fortalecer su candidatura. Este diputado por León de treinta y nueve años no se adhirió explícitamente a ninguna de las facciones existentes. Durante la década de 1990, según Ortiz, Zapatero había ido alcanzando poco a poco puestos influyentes en el Parlamento, al igual que había consolidado su propia base de poder en León, frenando las influencias locales de Alfonso Guerra, el histórico *número dos* del PSOE. Desde el principio, Zapatero había mostrado una extraordinaria capacidad para conciliar las diferencias ideológicas y personales, al tiempo que construía un consenso alrededor de sus propias aspiraciones políticas de convertirse en un futuro líder. Tras cinco reelecciones consecutivas para el Congreso de los Diputados, Zapatero, que era bastante desconocido para la opinión pública en general, se sintió preparado para disputarse el liderazgo con el favorito del partido, José Bono, diez años mayor que él.

Entretanto, Zapatero había logrado el apoyo de Nueva Vía, un grupo de reformistas que quería contribuir a una reforma más profunda de las políticas y la estructura de partido del PSOE. En un libro de entrevistas, elogió la capacidad de Tony Blair de renovar el socialismo tradicional de base obrera y, al mismo tiempo, abogar por la bajada de impuestos. En otras circunstancias, hizo numerosas referencias al multiculturalismo y al cam-

bio radical que estaba experimentando la sociedad ante la revolución en curso de las tecnologías de la información. También hizo hincapié en que las mujeres debían tener una participación más activa en la política, así como en la necesidad de invertir más en investigación y desarrollo. Zapatero también defendía la iniciativa privada como motor de la economía española, pero cuestionaba la capacidad autorregulatoria del libre mercado. Sus críticos sostenían que era difícil saber si eran meras palabras o si contenían alguna sustancia real. Señala Anna Bosco, entre otros historiadores, que Zapatero sentó las bases de lo que se acabó conociendo como «socialismo de los ciudadanos»: pidió una serie de reformas que iban desde mejorar los derechos sociales, la reforma de varios estatutos de autonomía, un nuevo proceso de paz con ETA, reformas en materia de divorcio, aborto, matrimonio entre personas del mismo sexo y educación religiosa, hasta una compensación a las víctimas de la Guerra Civil y las atrocidades franquistas.

En el 35.º Congreso, Zapatero logró una ajustada victoria por nueve votos frente a José Bono, dejando muy atrás a dos fuertes contendientes femeninas: Matilde Fernández Sanz y Rosa Díez. Su victoria fue una gran sorpresa porque no gozaba del apoyo de ninguna de las llamadas «familias» del PSOE ni del *aparato* del partido. Según Ortiz, el bloque de Alfonso Guerra había votado a Zapatero sólo para bloquear el ascenso al poder de José Bono, y con la esperanza de tener alguna voz en la futura dirección de Zapatero. En resumidas cuentas, Zapatero decidió apoyarse casi exclusivamente en sus colaboradores de máxima confianza. Era un grupo de políticos ambiciosos, aunque en cierta medida menos experimentados, que no estaban vinculados a la anterior dirección.

La afiliación de Moratinos al PSOE se formalizó en el 2000, el año en que Joaquín Almunia perdió las elecciones generales y fue sustituido por Zapatero. Moratinos estaba entonces destinado en Chipre como representante especial de la UE para el Proceso de Paz de Oriente Próximo, un cargo que ocupaba desde 1996. Había decidido hacerse miembro del partido no para asumir un papel específico, sino, principalmente, para contribuir a la renovación del pensamiento socialista español. Mantuvo di-

versas reuniones y contactos con los diferentes secretarios generales hasta la victoria de Zapatero, al que conoció en Ferraz en 2000, junto con su ayudante, Bernardino León. Se había previsto que la reunión durara sólo media hora, pero acabaron hablando durante dos horas sobre Marruecos, el Mediterráneo y Europa. Era obvio que congeniaban.

Cuando Moratinos conoció a Zapatero en 2000, este último estaba muy preocupado por la estrategia de confrontación que había adoptado el Gobierno conservador respecto a Marruecos. Más tarde, con el apoyo de Moratinos, Zapatero decidió viajar a Marruecos y visitar al rey Mohamed VI, a pesar de que la relación entre Rabat y Madrid pasaba por uno de sus momentos más bajos de la historia. El 19 de diciembre de 2001, Zapatero conoció al recién coronado rey marroquí en Rabat y al primer ministro, Abderramán Yusufi —también miembro de la Internacional Socialista—, para intentar desbloquear la crisis diplomática. Baste mencionar que la reunión tuvo lugar, para gran disgusto del Gobierno conservador de España. Sin embargo, durante la crisis derivada de la ocupación de la isla Perejil por parte de un grupo de gendarmes marroquíes en julio de 2002, Zapatero apoyó a Aznar en el envío de tropas a la isla. La respuesta militar de Aznar pudo haber sido inspirada por el temor a que la ocupación de este minúsculo territorio fuese una forma de poner a prueba la determinación de España de defender Ceuta y Melilla, los dos enclaves españoles en la costa marroquí. También es posible que las miras marroquíes no estuviesen puestas en estos dos enclaves, sino en las islas de Alborán y Chafarinas, menos importantes, o que el incidente obedeciera a estrictos motivos de política nacional: al parecer, algunos miembros del Gobierno marroquí habían cuestionado la política exterior del Rey. No obstante, fueron igual de importantes las críticas de Zapatero al Gobierno conservador por no haberle informado con antelación de una decisión que conllevaba un riesgo de escalada. Era la peor crisis entre los dos países desde la Marcha Verde de 1975, cuando Marruecos ocupó el Sahara Occidental español. A partir de ese momento, Zapatero denunciaría sin cesar el unilateralismo del Gobierno y su sistemático desprecio hacia el Parlamento.

En julio de 2003, Moratinos volvió a España tras haber finalizado su misión en Chipre. Deseaba seguir trabajando en la diplomacia internacional y obtener una nueva misión en Naciones Unidas. El Gobierno de Aznar le había prometido un destino en la diplomacia internacional, pero, al parecer, lo vetó como representante de España en Naciones Unidas. Tras su llegada a Madrid, Moratinos visitó de nuevo a Zapatero en julio de 2003. Esta vez, Zapatero le preguntó directamente si estaría dispuesto a unirse al equipo de Asuntos Exteriores en Ferraz, que estaba redactando la sección de política exterior del programa electoral para los futuros comicios generales de 2004. A Moratinos se le pidió que pusiera sus servicios a disposición de Manuel Marín, que había sido el presidente de la Comisión Europea durante un breve periodo tras la desaparición de la Comisión de Jacques Santer en 1999. A su regreso de Bruselas, Marín fue nombrado secretario de Relaciones Internacionales del PSOE, un cargo desde el que se podía esperar ascender al de ministro de Exteriores en un futuro Gobierno del PSOE. A Moratinos se le pidió que trabajara principalmente sobre el Mediterráneo, Oriente Próximo y África del Norte, áreas de las que tenía un profundo conocimiento. Todos los amigos de Moratinos le desaconsejaron este incierto paso profesional, al igual que los analistas políticos de la época, convencidos de que Mariano Rajoy, del PP, ganaría fácilmente las elecciones y que Zapatero pasaría pronto al olvido.

A pesar de las diferencias ideológicas y generacionales en el seno del PSOE, todos estaban sumamente dedicados y unidos en la creencia de que se podían ganar las elecciones. Todo el partido tenía una fuerte voluntad de volver al poder, algo que ayudó a generar las dinámicas y la unidad necesarias para este objetivo. Sin embargo, las fricciones y diferencias de opinión aún eran muy visibles bajo la superficie. En este contexto, es importante hacer hincapié en la influencia que aún ejercía Felipe González dentro del partido, también en las cuestiones de política exterior. Marín estaba claramente influido por González y también dos destacados miembros del partido, Juan Antonio Yáñez y Máximo Cajal. Yáñez había desarrollado su carrera política como miembro del entorno de Felipe González en Sevilla. Después fue

asesor de política exterior de González y una figura clave en el importante reconocimiento de Israel en 1986. Cajal, un veterano diplomático, era especialmente reconocido por su exitosa renegociación de los acuerdos básicos entre Estados Unidos y España en 1986 y 1987, un punto de inflexión en la relación entre ambos países. Es decir, que hacia 2004 Felipe González aún podía contar con los servicios leales de personas muy influyentes y experimentadas en materia de asuntos exteriores.

A diferencia de los felipistas, Moratinos identificó enseguida una tendencia distinta dentro del PSOE, que él califica de más «progresista» e «innovadora», comparada con una suerte de vieja guardia, que, a su juicio, se inclinaba más a preservar el *statu quo* sobre varias cuestiones clave. El grupo que rodeaba a Leire Pajín, nacida en 1976, representaba la conexión entre la sociedad civil y las diferentes ONG que Moratinos estaba buscando. Claramente posicionado como librepensador católico y más izquierdista, Moratinos encontró sus aliados naturales en este entorno a la hora de buscar nuevas ideas para modernizar el programa de política exterior del PSOE. En su opinión, los felipistas representaban un enfoque sobre política exterior más tradicional, principalmente preocupado por volver a europeizar la política exterior de España, mientras que él estaba decidido a definir una nueva identidad internacional para España, más acorde con los desafíos globales del siglo XXI. En esto, las ideas de Moratinos coincidían con las de Zapatero. Al final, el programa electoral sobre política exterior llegó a reflejar muchos de los continuos encuentros de Moratinos y Zapatero con representantes de la sociedad civil, desde ONG a académicos de las universidades, que, en gran medida, coincidieron en la necesidad de cambiar el concepto de las relaciones internacionales de España.

Por un lado, el diseño de la nueva política exterior que se estaba gestando rechazaba claramente la visión de Aznar de «una relación especial» con Estados Unidos y, en consecuencia, también el apoyo de Aznar a la invasión de Irak. Esta forma de pensar estaba muy en consonancia con la tradicional doctrina de política exterior de los socialistas, que desde la década de 1980 había tratado de alcanzar un mejor equilibrio en la relación de

España con Estados Unidos. Existe un amplio consenso en que Washington había logrado reducir la España franquista a mero satélite de Estados Unidos y que uno de los grandes logros de Felipe González fue revertir esta situación. Por otro lado, surgieron nuevas ideas en la Internacional Socialista hacia el año 2000, en concreto, que la globalización estaba eliminando ahora las distinciones entre las políticas nacionales y de exteriores, y que los valores profesados dentro —paz, justicia, solidaridad, cohesión social, tolerancia, laicismo, etc.— también debían identificar a cada país en el extranjero. Esto implicaba que también se debía otorgar más importancia a los instrumentos del poder blando. A partir de ese momento, se produjeron varios debates en este sentido dentro del partido. Otra cuestión importante era el nuevo tratado sobre la Constitución europea, donde Almunia, Solbes y Barón siguieron la línea de Marín, quien, como ya se ha dicho, había sido presidente de la Comisión Europea durante un breve periodo. Sin embargo, la mayor cuestión electoral era, de todas, sin duda, la retirada de las tropas españolas de Irak. La dialéctica —fructífera en muchos aspectos— entre los felipistas y los progresistas, como Moratinos define a las dos facciones, derivaría al poco tiempo en una lucha entre Marín y Moratinos, dos candidatos altamente cualificados para el cargo de nuevo ministro de Exteriores en el caso de una victoria socialista. Nunca fueron enemigos, pero en la política sólo puede haber un ganador, algo que, naturalmente, conduce a una feroz competencia. Marín estaba absolutamente convencido de que iba a ser el nuevo ministro de Exteriores, no sólo por su experiencia en la Comisión, sino también porque González respaldaba su candidatura.

Sin embargo, respecto a ciertos temas, Moratinos solía estar más de acuerdo con los felipistas que con los progresistas. Ambas facciones coincidían en la necesidad de retirarse de Irak, pero los segundos se inclinaban mucho más por la retirada inmediata. Moratinos —de acuerdo con Yáñez— hizo diferentes propuestas al Comité de Notables, que insistió de forma unánime en la necesidad de dar más tiempo a negociar diplomáticamente la retirada con los estadounidenses. Su sugerencia fue al final adoptada de la siguiente manera: las tropas españolas se

retirarían de Irak el 30 de junio de 2004 si para entonces la ONU no había adoptado una nueva resolución por la que se entregara la autoridad de la misión en Irak a Naciones Unidas, algo que se juzgaba improbable debido a las resistencias de Rusia y China en el Consejo de Seguridad.

También hubo intensos debates respecto a la relación con el Sahara Occidental y Marruecos. Leire Pajín y otros miembros jóvenes abogaron por un apoyo y una solidaridad mayores con el marginado pueblo saharauí que vivía en el Sahara Occidental y que exigía una posición más crítica frente a Marruecos. En cambio, la experiencia de Moratinos como diplomático especialmente conocedor del norte de África le hacía inclinarse más por un enfoque pragmático, es decir: reiterar la gran preocupación de España por los saharauis y su sufrimiento y —sobre todo— restablecer una relación de confianza con Marruecos. Como veremos más adelante, Aznar había desafiado a Marruecos en una serie de cuestiones, y tanto los progresistas como los felipistas deseaban restablecer urgentemente el diálogo y la cooperación con Rabat. Ciertamente, cabe especular acerca de si los trágicos sucesos del 11 de marzo de 2004 se podrían haber evitado, o su magnitud haber sido menor, de haber existido unas mejores relaciones de trabajo entre ambos países. El hecho es que los autores eran en su mayoría de países del Magreb —sobre todo de Marruecos— y la colaboración con Rabat no era lo suficientemente organizada debido al deterioro general de las comunicaciones entre ambos países.

La ayuda oficial a los países en desarrollo también fue objeto de acalorados debates. Las ONG afiliadas al partido estaban haciendo campaña a favor de un considerable aumento de la contribución oficial del Estado español, hasta el 0,7 por ciento del PIB. Los economistas del PSOE lo consideraban totalmente irresponsable y desaconsejaron indicar una cantidad exacta. Con el apoyo de Moratinos, Leire Pajín luchó por dar un gran paso adelante en esta cuestión. Muy poco antes del inicio de la campaña electoral, se celebró una importante reunión en el PSOE a propósito de esta cuestión y Zapatero se comprometió personalmente a duplicar la ayuda al desarrollo, desde el 0,23 hasta el

0,5 por ciento para llegar finalmente al 0,7 por ciento. Durante esta fase, Zapatero le ocultó a Moratinos que quería que éste nombrara a Pajín, con muy poca experiencia, como secretaria de Estado de Cooperación Internacional, un cargo de viceministra, en realidad, dentro del Ministerio de Exteriores. Ella se desempeñó notablemente en ese cargo y dio un fuerte impulso a las políticas de España sobre desarrollo.

La misión de Moratinos en Chipre finalizó el 30 de junio de 2003. En las semanas anteriores, había recibido mucha presión de la Comisión Europea y de George Papandreou, ministro de Asuntos Exteriores de Grecia, que en ese momento ocupaba la presidencia del Consejo de Ministros. Todos querían que continuara un año más para tener tiempo de buscar un sustituto adecuado. Moratinos ignoró la petición, ya que estaba agotado y —como resultó después— gravemente enfermo. Cuando Moratinos regresó a Madrid el 1 de julio de 2003, se reunió enseguida con Zapatero. Aunque Moratinos había accedido a unirse al equipo de Asuntos Exteriores de Ferraz, pasaría la mayor parte de julio y agosto recuperándose en un hospital en Francia. En septiembre, fue a ver otra vez a Zapatero y presidió las reuniones con su equipo en Ferraz.

Fue entonces cuando Zapatero le pidió que se presentara a las elecciones generales, pero Moratinos rechazó cortésmente la oferta, ya que quería seguir trabajando en la diplomacia internacional. A Moratinos le interesaba especialmente Unicef. Aznar no sólo lo respetaba, sino que supuestamente también le debía un favor. Sin embargo, la relación entre ambos cambió tras el atentado contra las Torres Gemelas de 2001, y especialmente tras la invasión de Irak de 2003. Moratinos intuyó que el Gobierno conservador estaba ahora menos inclinado a su favor, ya que Aznar no hizo ningún esfuerzo especial por satisfacer sus deseos. En cambio, Inocencio Arias, exembajador español en la ONU, afirma que el Gobierno conservador sí planteó en varias ocasiones la cuestión de la candidatura de Moratinos a un alto cargo con Kofi Annan, secretario general de Naciones Unidas.

Desde septiembre de 2003, Zapatero insistió varias veces a través de su mano derecha, José Blanco, en que Moratinos debía

presentarse al Parlamento. Moratinos discutió la propuesta con su familia, pero rechazó la oferta. Aún estaba decidido a no meterse en la política. Sin embargo, empezó poco a poco a cambiar de parecer. Por un lado, había llegado a sentir un gran aprecio personal por Zapatero, al igual que se había ido encariñando cada vez más con el programa político que se estaba preparando en Ferraz. Otro factor determinante fue el encuentro con la España de Aznar a su regreso de Chipre. España había cambiado para peor con Aznar, y Moratinos veía al Gobierno como «superficial», «arrogante» y «autoritario» —una clara referencia al supuesto desprecio de Aznar hacia el Parlamento—. También se encontró con un país tenso y dividido. No era la España que quería para las generaciones futuras, y sintió la necesidad de contribuir a cambiarla.

El 28 de diciembre de 2003, Moratinos recibió por sorpresa una llamada de Zapatero mientras estaba en Segovia con un grupo de amigos extranjeros. Una vez más, rechazó la petición de Zapatero de que se presentara al Parlamento. Pero, para convencerlo, Zapatero le ofreció después un puesto en el Comité de Notables del partido como asesor de política exterior. Moratinos aceptó de inmediato. Este comité podría considerarse más o menos un gabinete en la sombra, pero Moratinos no percibió el nombramiento como una señal de que iba a ser el nuevo ministro de Exteriores en el caso de una victoria socialista en las elecciones generales de 2004. De hecho, Zapatero exteriorizó varias veces —probablemente también para calmar a los miembros incómodos del partido— que el comité no era una premisa para un futuro Gobierno, que incluiría tanto a miembros de su generación como de la generación de 1982.

Inmediatamente después de que Zapatero hiciera públicos los nombres de su consejo, Moratinos recibió una llamada del secretario de Estado de Asuntos Exteriores de Aznar, Ramón Gil-Casares, que expresó la indignación del Gobierno por el hecho de que Moratinos hubiese optado por Zapatero. Según Gil-Casares, el PP siempre había considerado a Moratinos una figura no partidista de la diplomacia española. Aznar llamó furioso a Jorge Dezcallar, director del Centro Nacional de Inteligencia

(CNI), y le dijo: «¿Has visto a tu amiguito?». No es improbable que al PP también le inquietara que Moratinos se uniera a las filas socialistas de cara a las siguientes elecciones. Las cuestiones de política exterior, en particular las relativas a Oriente Próximo, la gran especialidad de Moratinos, iban a ocupar un lugar destacado en la agenda debido a la presencia militar española en Irak y las muy controvertidas políticas de Aznar a favor de Bush.

En enero de 2004, Zapatero llamó de nuevo a Moratinos y finalmente lo convenció para que se presentara también al Parlamento. Los debates posteriores se centraron en qué circunscripción asignar a Moratinos. Madrid se descartó enseguida, ya que la agrupación local del partido nunca había mostrado un gran interés en los servicios de Moratinos, a pesar de ser madrileño por nacimiento. Cuando Manuel Chaves, presidente de Andalucía, se enteró de que Moratinos estaba buscando circunscripción, le ofreció inmediatamente la oportunidad de presentarse como cabeza de lista por Almería. Sin embargo, a causa de los eternos conflictos de España con Marruecos en cuestiones agrícolas, en los que los agricultores de Almería desempeñaban un importante papel, Moratinos pensó que era mejor no aceptar esa oferta. Le preocupaba que pudiera perjudicar sus cordiales y eficientes relaciones con Marruecos. Entonces, Chaves le ofreció la oportunidad de presentarse como *número dos* por Córdoba. Ésta era una combinación perfecta por la historia de la ciudad. Córdoba es ampliamente percibida como un símbolo de «convivencia», un crisol de las culturas cristiana, musulmana y judía.

¿Por qué Zapatero tenía la mirada puesta en Moratinos y no en Marín? En primer lugar, era claramente una cuestión personal. Moratinos y Zapatero congeniaban. Incluso después de pasar juntos siete años difíciles en el Gobierno, sus relaciones siguieron siendo cordiales, como se puede ver en la carta manuscrita que Zapatero dirigió a Moratinos en 2010, después de que éste dejara su cargo de ministro. En segundo lugar, Zapatero simplemente se identificaba más con el enfoque de Moratinos sobre la política exterior, que, sobre el papel, ofrecía el diseño de una nueva política que suscitaba un gran atractivo para su generación. Otros factores también pudieron influir: en 2004 corría el rumor de

que a Zapatero le intimidaba un poco la experiencia de Marín y al parecer temía que no fuese fácil de manejar. Durante su campaña electoral en Córdoba, Moratinos leyó en los periódicos que, si ganaba su partido, él sería el nuevo ministro de Exteriores. Esta información fue filtrada a la prensa en un periodo en que Moratinos también percibió un verdadero cambio en las relaciones de poder dentro del partido. Siempre que había una reunión importante sobre cuestiones de política exterior, Zapatero enviaba a Moratinos como representante del partido, no a Marín, algo que, naturalmente, aumentó las tensiones con los felipistas. El 10 de marzo de 2004, el último día de la campaña electoral, Zapatero decidió que Moratinos debía presentar el programa del PSOE sobre política exterior en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Sin embargo, Marín intentó, hasta el último momento, convencer a Zapatero de que debía ser él quien llevara a cabo esta prestigiosa tarea o, si esto fallaba, que él y Moratinos debían hacer la presentación juntos.

El nombramiento de Moratinos siguió siendo una lucha cuesta arriba a causa de las presiones de aquellas fuerzas que aún apoyaban a Marín. Ciertamente se pueden comprender las frustraciones de Marín. Había sido durante mucho tiempo el primero en la fila y, después, en el verano de 2003, Moratinos salió de la nada y se quedó con *su* puesto. En esencia, la política no trata sólo de tener las ideas correctas, que a menudo sirven como meras justificaciones. «La política, al final, es el *yo* o el *otro*», como lo resume Moratinos. En lugar de ser el nuevo ministro de Exteriores, Marín aceptó ser presidente del Congreso de los Diputados.